

Paulo  
Coelho

A photograph of a man floating on his back in a body of water. His eyes are closed, and his arms are outstretched to the sides. The water is calm, and the background is a bright, hazy sky.

Aleph

Decidir. Cambiar. Estar. Ser. Reinventarse. Caminar. Hacer. Levantarse. Experimentar. Conseguir. Desafiar. Soñar. Vencer. Descubrir. Reivindicar. Comprometerse. Pensar. Creer. Potenciar. Preguntar. Crecer. Pertenecer. Despertar.

*Aleph*, la nueva obra de Paulo Coelho, nos invita a pasar a la acción. Porque llega un momento en el que sentimos la necesidad de plantearnos cómo vivimos nuestra vida, si estamos donde queremos estar y hacemos lo que queremos hacer.

Hay libros que se leen. *Aleph* se vive.

Paulo Coelho

# Aleph

\*

ePub r1.0

Piolin 17.1.2015

Título original: *Aleph*  
Paulo Coelho, 2010  
Traducción, Ana Belén Costas  
Retoque de portada: Piolin

Editor digital: Piolin  
ePub base r1.2

*Oh María, sin pecado concebida,  
ruega por nosotros que recurrimos a Ti.  
Amén.*

*Un hombre noble se marchó a un país lejano,  
para conseguir el título de rey y volver después.  
LUCAS 19, 12*

*Para J., que me mantiene caminando,  
S. J., que me sigue protegiendo,  
Hilal, por el perdón en la iglesia de Novosibirsk.*

*El diámetro del Aleph sería de dos o tres centímetros, pero el espacio cósmico estaba ahí, sin disminución de tamaño. Cada cosa [...] era infinitas cosas, porque yo claramente la veía desde todos los puntos del Universo.*

JORGE LUIS BORGES, *El Aleph*

*Yo no puedo ver y tú lo sabes todo.  
Aun así, mi vida no será en vano,  
porque sé que volveremos a encontrarnos  
en alguna divina eternidad.*

OSCAR WILDE

## Rey de mi reino

¡No!

¿Otro ritual? ¿Otra invocación de las fuerzas invisibles para que se manifiesten en el mundo visible? ¿Qué tiene eso que ver con el mundo en que vivimos hoy en día? Los jóvenes salen de la universidad y no encuentran trabajo. Los mayores llegan a la jubilación sin dinero para nada. Los adultos no tienen tiempo para soñar; se pasan desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde luchando para mantener a su familia, pagar el colegio de sus hijos, afrontando lo que todos conocemos con el nombre de «dura realidad».

El mundo nunca ha estado tan dividido como ahora: guerras religiosas, genocidios, falta de respeto por el planeta, crisis económicas, depresión, pobreza. Todos quieren resultados inmediatos para resolver al menos algunos de los problemas del mundo o de su vida personal. Pero las cosas parecen cada vez más negras a medida que avanzamos hacia el futuro.

¿Y yo aquí, intentando avanzar en una tradición espiritual cuyas raíces están en un pasado remoto, lejos de todos los desafíos del momento presente?

Junto a J., al que llamo mi maestro aunque empiece a tener dudas al respecto, camino hacia el roble sagrado, que lleva ahí más de quinientos años, contemplando impasible las agonías humanas; su única preocupación es entre-

gar las hojas en invierno y volver a recuperarlas en primavera.

Ya no soporto escribir sobre mi relación con J., mi guía en la Tradición. Tengo decenas de diarios llenos de anotaciones de nuestras conversaciones, que nunca releo. Desde que lo conocí en Amsterdam en 1982, aprendí y desaprendí a vivir un centenar de veces. Cuando J. me enseña algo nuevo, pienso que tal vez sea ése el paso definitivo para llegar a la cima de la montaña, la nota que justifica toda la sinfonía, la palabra que resume el libro. Paso por un período de euforia, que poco a poco va desapareciendo. Algunas cosas quedan para siempre, pero la mayoría de los ejercicios, de las prácticas, de las enseñanzas acaban desapareciendo en un agujero negro. O, al menos, eso parece.

El suelo está mojado, imagino que mis zapatillas deportivas, meticulosamente lavadas hace dos días, estarán otra vez llenas de barro cuando dé algunos pasos más, a pesar del cuidado que pueda tener. Mi búsqueda de sabiduría, paz de espíritu y conciencia de las realidades visible e invisible se ha convertido en una rutina que ya no da resultado. Cuando tenía veintidós años, empecé a dedicarme al aprendizaje de la magia. Pasé por diversos caminos, anduve al borde del abismo durante muchos años, resbalé y caí, desistí y volví. Imaginaba que, cuando llegase a los cincuenta y nueve años, estaría cerca del Paraíso y de la tranquilidad absoluta que creía ver en las sonrisas de los monjes budistas.

Al contrario, parece que estoy más lejos que nunca. No estoy en paz, de vez en cuando entro en grandes conflictos conmigo mismo, que pueden durar meses. Y los momentos en los que me sumerjo en una realidad mágica duran tan sólo unos segundos. Lo suficiente para saber que este otro mundo existe, y lo bastante para dejarme frustrado por no ser capaz de absorber todo lo que aprendo.

Llegamos.

Cuando acabe el ritual voy a hablar seriamente con él. Ambos colocamos las manos sobre el tronco del roble sagrado.

J. pronuncia una oración sufi:

«Oh Dios, cuando presto atención a las voces de los animales, al ruido de los árboles, al murmullo del agua, al gorgorío de los pájaros, al zumbido del viento o al estruendo de un trueno, percibo en ellos un testimonio de Tu unidad; siento que Tú eres el supremo poder, la omnisciencia, la suprema sabiduría, la suprema justicia.

»Oh Dios, Te reconozco en las pruebas que estoy pasando. Permite, oh Dios, que Tu satisfacción sea mi satisfacción. Que yo sea Tu alegría, esa alegría que un padre siente por un hijo. Y que yo me acuerde de Ti con tranquilidad y determinación, incluso cuando sea difícil decir que Te amo.»

Generalmente, en este momento yo debería sentir — durante una fracción de segundo, pero me bastaba— la Presencia Única que mueve el Sol y la Tierra y mantiene las estrellas en su sitio. Pero hoy no quiero hablar con el Universo; basta con que el hombre que está a mi lado me dé las respuestas que necesito.

Él retira las manos del tronco del roble, y yo hago lo mismo. Me sonrío y yo le sonrío. Nos dirigimos, en silencio y sin prisas, a mi casa, nos sentamos en la terraza y tomamos un café, todavía sin hablar.

Contemplo el árbol gigante en el centro de mi jardín, con una cinta alrededor de su tronco, puesta allí después de un sueño. Estoy en el pueblo de Saint Martin, en los Pirineos franceses, en una casa que ya me arrepiento de haber comprado; acabó poseyéndome, exigiendo mi presencia siempre que es posible, porque necesita alguien que cuide de ella para mantener viva su energía.

—Ya no consigo evolucionar —digo, cayendo siempre en la trampa de hablar en primer lugar—. Creo que he llegado a mi límite.

—Qué interesante. Yo siempre he intentado descubrir mis límites y hasta ahora no he podido llegar hasta allí. Pero mi universo no colabora mucho, sigue creciendo y no me ayuda a conocerlo totalmente —me provoca J.

Está siendo irónico. Pero yo sigo adelante.

—¿Qué has venido a hacer hoy aquí? Intentar convencerme de que estoy equivocado, como siempre. Di lo que quieras, pero que sepas que las palabras no van a cambiar nada. No estoy bien.

—Es justo por eso por lo que he venido hoy aquí. Presentí lo que estaba pasando hace tiempo. Pero siempre hay un momento exacto para actuar —afirma J., mientras coge una pera de la mesa y la gira en sus manos—. Si hubiésemos hablado antes aún no estarías maduro. Si hubiésemos hablado después ya te habrías podrido. —Le da un mordisco a la fruta, saboreándola—. Perfecto. Es el momento justo.

—Tengo muchas dudas. Y las peores son mis dudas de fe —insisto.

—Genial. Es la duda la que empuja al hombre hacia adelante.

Como siempre, buenas respuestas y buenas imágenes, pero hoy no funcionan.

—Te voy a decir lo que sientes —continúa J.—: que todo lo que has aprendido no ha enraizado, que eres capaz de zambullirte en el universo mágico, pero no de quedarte sumergido en él. Que puede que esto no sea más que una gran fantasía que el ser humano crea para apartar su miedo a la muerte.

Mis cuestiones son más profundas: son dudas de fe. Tengo una única certeza: existe un universo paralelo, espiritual, que interfiere en el mundo en el que vivimos. Aparte de eso, todo lo demás —libros sagrados, revelaciones,

guías, manuales, ceremonias—, todo eso me parece absurdo. Y, lo que es peor, sin efectos duraderos.

—Te voy a decir lo que sentí yo —continúa J.—. Cuando era joven, me deslumbraban todas las cosas que la vida podía ofrecerme, y creía que era capaz de conseguirlas todas. Cuando me casé tuve que escoger un solo camino, porque tenía que mantener a la mujer que amo y a mis hijos. A los cuarenta y cinco años, después de convertirme en un ejecutivo de mucho éxito, vi a mis hijos crecer e irse de casa y pensé que, a partir de entonces, todo sería una repetición de lo que ya había experimentado.

»Fue ahí donde empezó mi búsqueda espiritual. Soy un hombre disciplinado y me dediqué a ella con toda mi energía. Pasé por momentos de entusiasmo y de incredulidad hasta que llegué al momento que tú estás viviendo hoy.

—J., a pesar de todos mis esfuerzos, no puedo decir: «Estoy más cerca de Dios y de mí mismo» —digo, con cierta exasperación.

—Eso es porque, como todas las personas del planeta, pensaste que el tiempo te iba a enseñar a acercarte a Dios. Pero el tiempo no enseña; sólo da una sensación de cansancio, de envejecimiento.

El roble ahora parecía estar mirándome. Debía de tener más de cuatro siglos, y todo lo que había aprendido era a permanecer en el mismo lugar.

—¿Por qué fuimos a hacer un ritual al roble? ¿Cómo nos ayuda eso a convertirnos en mejores seres humanos?

—Porque la gente ya no hace rituales en los robles. Y, actuando de una manera que puede parecer absurda, tocas algo profundo en tu alma, en su parte más antigua, más cercana al origen de todo.

Es verdad. Pregunté lo que sabía y recibí la respuesta que esperaba. Tengo que aprovechar mejor cada minuto a su lado.

—Es hora de salir de aquí —dice J., de forma abrupta.

Miro el reloj. Le explico que el aeropuerto está cerca, que podemos seguir charlando un poco más.

—No me refiero a eso. Cuando pasé por lo que tú estás viviendo ahora, encontré la respuesta en algo que sucedió antes de que yo naciese. Es lo que estoy sugiriendo que hagas.

¿Reencarnación? Él siempre me había disuadido de visitar mis vidas pasadas.

—Ya he ido al pasado. Aprendí solo, antes de conocerte. Hemos hablado sobre eso; vi dos reencarnaciones: un escritor francés en el siglo diecinueve y un...

—Sí, ya lo sé.

—Cometí errores que no puedo arreglar ahora. Y me dijiste que no volviese a hacerlo, pues sólo conseguiría aumentar mi culpa. Viajar a vidas pasadas es como abrir un agujero en el suelo y dejar que el fuego de la planta de abajo incendie el presente.

J. tira lo que queda de la pera a los pájaros del jardín y me mira, irritado:

—No digas tonterías, por favor. No me hagas pensar que no has aprendido nada en estos veinticuatro años que hemos pasado juntos.

Sí. Sé de qué habla. En la magia —y en la vida— sólo existe el momento presente, el AHORA. El tiempo no se mide como si calculáramos la distancia entre dos puntos. El «tiempo» no pasa. El ser humano tiene una gran dificultad para concentrarse en el presente; siempre está pensando en lo que ha hecho, en cómo podría haberlo hecho mejor, en las consecuencias de sus actos, en por qué no se comportó como debería haberlo hecho. O se preocupa del futuro, de lo que va a hacer mañana, qué decisiones tendrá que tomar, qué peligro lo acecha a la vuelta de la esquina, cómo evitar lo que no desea y cómo conseguir lo que siempre ha soñado.

J. retoma la conversación.

—Así, aquí y ahora, empiezas a preguntarte: ¿hay realmente algo que no va bien? Sí. Pero en este momento también entiendes que puedes cambiar tu futuro trayendo el pasado al presente. El pasado y el futuro sólo existen en nuestra memoria.

»Pero el momento presente está más allá del tiempo: es la eternidad. Los hindúes usan la palabra “karma”, a falta de algo mejor. Pero el concepto está mal explicado: no es lo que hiciste en tu vida anterior lo que afectará al presente. Es lo que haces en el presente lo que redimirá el pasado y, lógicamente, cambiará el futuro.

—O sea...

Hace una pausa, cada vez más irritado porque no consigo entender lo que intenta explicarme.

—No tiene sentido quedarse aquí usando palabras que no quieren decir nada. Experimenta. Es hora de que tú salgas de aquí. De reconquistar tu reino, ahora corrompido por la rutina. Ya basta de repetir siempre la misma lección, no es eso lo que hará que aprendas algo nuevo.

—No se trata de rutina. Soy infeliz.

—Eso se llama rutina. Piensas que existes porque eres infeliz. Otras personas existen en función de sus problemas y se pasan la vida hablando compulsivamente de ellos: problemas con los hijos, con el marido, en el colegio, en el trabajo, con los amigos. No se paran a pensar: estoy aquí. Soy el resultado de todo lo que ha sucedido y de lo que va a suceder, pero estoy aquí. Si he hecho algo mal, puedo corregirlo o al menos pedir perdón. Si he hecho algo correcto, hace que sea más feliz y esté más conectado con el ahora.

J. respira hondo antes de terminar:

—Ya no estás aquí. Es hora de salir para volver de nuevo al presente.

Era lo que yo temía. Hace algún tiempo que me insinuaba que era el momento de dedicarme al tercer camino sagrado. Sin embargo, mi vida había cambiado mucho desde el lejano año de 1986, cuando la peregrinación a Santiago de Compostela me llevó a afrontar mi propio destino, o el «proyecto de Dios». Tres años más tarde hice el Camino de Roma, en la región en la que estábamos ahora; un proceso doloroso, tedioso, que me obligó a pasar setenta días haciendo a la mañana siguiente todos los absurdos que había soñado la noche anterior (recuerdo que pasé cuatro horas en una parada de bus, sin que nada importante sucediese).

Desde entonces, obedecía con disciplina todo lo que mi trabajo me exigía. A fin de cuentas, era mi elección y mi bendición. Es decir, me puse a viajar como un loco. Las grandes lecciones que aprendí fueron precisamente aquellas que los viajes me enseñaron.

Mejor dicho, siempre he viajado como un loco, desde joven. Pero últimamente tenía la sensación de que vivía en aeropuertos y hoteles, y el sentido de la aventura estaba dando paso a un profundo hastío. Cuando me quejaba de que no podía quedarme mucho tiempo en el mismo sitio, la gente se extrañaba: «¡Pero si viajar está tan bien! ¡Es una pena que yo no tenga dinero para hacerlo!»

Viajar nunca es una cuestión de dinero, sino de coraje. Pasé gran parte de mi vida recorriendo el mundo como un hippy y ¿qué dinero tenía entonces? Ninguno. Apenas tenía para el billete, pero aun así creo que fueron algunos de los mejores años de mi juventud: comiendo mal, durmiendo en estaciones de tren, incapaz de comunicarme por culpa del idioma, viéndome obligado a depender de otros incluso para encontrar un techo donde pasar la noche.

Después de mucho tiempo en la carretera, escuchando una lengua que no entiendes, usando un dinero cuyo valor no conoces, caminando por calles por las que nunca has pasado, descubres que tu antiguo Yo, con todo lo que ha